

EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL
Y MR. HYDE

PRIMEROS CAPÍTULOOS PROMOCIONALES

Robert Louis Stevenson

**EL EXTRAÑO CASO
DEL DR. JEKYLL Y
MR. HYDE**



Selección
CLÁSICOS UNIVERSALES

© MESTAS EDICIONES, S.L.

Avda. de Guadalix, 103

28120 Algete, Madrid

Tel. 91 886 43 80

Fax: 91 886 47 19

E-mail: info@mestasediciones.com

www.mestasediciones.com

<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>

<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>

© Traducción: J. Antonio Pujol Lavín

Correcciones: Pablo R. Nogueras y L.T.O.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta:

Bajo licencia Shutterstock, autor: Everett Historical

Primera edición: *Mayo, 2016*

Segunda edición: *Diciembre, 2016*

Tercera edición: *Junio, 2018*

Cuarta edición: *Octubre, 2019*

Quinta edición: *Julio, 2022*

Sexta edición: *Marzo, 2024*

Séptima edición: *Octubre, 2024*

Octava edición: *Diciembre, 2025*

ISBN: 978-84-16365-92-0

Depósito legal: M-16129-2016

Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

El hombre es luz y oscuridad, claridad y sombra, cielo e infierno, es la entidad en cuyo interior más profundo se produce una cruenta y oscura lucha entre el bien y el mal. Gabriel John Utterson, un notario y abogado londinense de prestigio de finales del siglo XIX, se ve en la obligación moral de investigar la extraña relación que de pronto ha surgido entre su viejo amigo desde la época colegial, el notable y conocido Doctor Henry Jekyll, y un sujeto de aspecto despreciable, surgido de repente de la nada y del que nadie tiene referencias, llamado Edward Hyde.

Este es el origen de la trama argumental de *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* (*Strange case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*), publicada en 1886, y que pretende estudiar la dualidad del hombre a través de su dicotomía entre el bien y el mal. Un portentoso relato sobre la personalidad dividida que suele leerse habitualmente como una novela psicológica de terror. Jekyll tenía la convicción de que la conciencia humana se componía de estos dos aspectos, el bien y el mal, que se enfrentan entre sí en una lucha

continua. En su profunda creencia de que era posible aislar y separar estos dos componentes del ser, creó una pócima y el correspondiente antídoto, capaces de transformar a un hombre en la monstruosa encarnación de su yo maléfico, donde su naturaleza malvada se tornaba dominante, alejándose totalmente del lado bueno de su existencia. Así surgía la posibilidad de entregarse a placeres prohibidos de escasa aceptación social. Pero la parte maléfica del ser (Hyde) se fue haciendo cada vez más y más poderosa, hasta que sobrepasó toda posibilidad de control que pudiera ejercer el lado bueno (Jekyll).

Existen trastornos psiquiátricos en los que una misma persona hace gala de poseer dos, o incluso más, personalidades o identidades que tienen características opuestas entre sí. Se habla de un trastorno disociativo de la identidad de la persona. Esta tortuosa duplicidad y la profunda y atormentada convivencia del bien y del mal en el interior del ser humano es lo que describe con tanta maestría Stevenson en su libro.

Robert Louis Stevenson era un escritor extrovertido, divertido y poseedor de un sentido bastante original y exótico de la aventura, lo que se reflejó acertadamente a lo largo de la mayor parte de su obra, pero en esta ocasión hizo una excepción. En Jekyll y Hyde decide realizar una incursión en las tinieblas interiores del hombre, se acerca como ningún otro escritor lo había hecho antes al misterio que envuelve el alma humana, y lo hace con una maestría y una técnica admirables, adentrándose en ese misterioso universo donde se libra la eterna lucha entre el bien y el

mal. El doctor Jekyll de Stevenson no podía tener nunca un final feliz, pues hubiese sido una especie de suicidio literario; un desenlace distinto supondría un trabajo psíquico tan profundo para el lector que no hubiese tenido jamás una buena acogida.

El primer manuscrito original de la obra fue arrojado al fuego por Stevenson en un arrebato de ira y orgullo cuando su mujer lo leyó y le expresó el disgusto que su contenido le producía, por lo que su lectura se le antojaba imposible. Y el autor se vio obligado a reescribir el relato en solo tres días, hazaña que le supuso con posteridad un éxito arrollador como nunca había tenido un cuento largo hasta la fecha. Las ventas fueron cuantiosas y el libro le reportó buenos beneficios.

Robert Louis Balfour Stevenson, novelista, poeta y ensayista, nace en Edimburgo, Escocia, el 13 de noviembre de 1850. Su precaria salud, padecía tuberculosis, solo le permitió vivir 44 años, aunque fueron intensos. Aun así, fue un autor extraordinariamente prolífico, escribió algunos de los relatos fantásticos y de aventuras más populares de la literatura clásica y juvenil de todos los tiempos, crónicas de viajes, novelas históricas, cuentos, obras de teatro, poesía, cartas e importantes ensayos. Se hizo muy célebre en su época, convirtiéndose en un maestro de la novela fantástica, y continuó siendo apreciado después de su muerte; muchas de sus obras han sido objeto de versiones cinematográficas dirigidas en su mayoría a un público infantil. Su obra, de estilo elegante y sobrio, con portentosas y elegantes descripciones, sirvió de influencia a autores

de la talla de Graham Greene, Chesterton, Wells, Conrad y Borges.

Hijo único, fue bautizado como Robert Lewis Balfour, pero a los 18 años su padre hizo que le cambiaran el nombre para evitar que lo asociaran con un político radical del mismo nombre. Su asistencia a la escuela se vio interrumpida por una bronquitis, lo que lo obligó a educarse en su casa recibiendo clases particulares durante varios años. Durante esta época de su infancia escribía constantemente historias y ensayos, que su padre le permitía editar haciéndose cargo de los costos de todos aquellos ejemplares que no lograban venderse, una costumbre habitual en su tiempo y que no suponía riesgo alguno para el editor. Eran obras de escaso valor literario. Acompañó con frecuencia a su padre en los viajes que este solía realizar, lo que le serviría posteriormente como motivo de inspiración para sus creaciones.

Su familia procedía de una estirpe de ingenieros, por lo que su padre lo presionó para que comenzase los estudios de ingeniería náutica. Pero su escasa salud y su amor por la literatura lo hicieron oponerse a la voluntad paterna y a realizar la carrera de Derecho, que luego terminaría, llegando incluso a practicar la abogacía, aunque sin un gran éxito.

Tuvo una juventud rebelde y contestataria, como resultado de su aprensión respecto del puritanismo que reinaba en el ambiente familiar, mostrando su afición hacia el ocultismo y los fenómenos psíquicos y paranormales, y en especial a los casos de desdoblamiento de la personali-

dad, que llegaron a apasionarle y que luego se reflejarían en sus obras.

Cuando contaba veintiséis años conoció en Francia a Fanny Osbourne, una norteamericana separada de la que se enamoró. Ambos viajaron a California por separado, donde ella consiguió divorciarse, y se casaron en el año 1878. En América, en el Lejano Oeste, se destacó como un autor de gran versatilidad, escribiendo relatos de viajes, romances y aventuras.

Su salud comenzó a empeorar. Se mudaron a Europa; vivieron en Edimburgo y en Suiza, para instalarse definitivamente en una finca en el balneario de Bournemouth que les regaló su padre. Pero después de tres años viajan primero a Nueva York y luego a San Francisco, donde deciden emprender un viaje a las islas del Pacífico Sur para establecerse en ellas con toda la familia. Allí, su relación con los aborígenes es cordial; le ponen el sobrenombre de *Tusitala* —el que cuenta historias—, y él los ayuda en algunos asuntos relacionados con la política.

Se aficionó a la bebida, incrementando así sus problemas de salud, que eran constantes, y le obligaron a escribir en unas condiciones precarias durante toda su vida. Murió de un ataque cerebral el 3 de diciembre de 1894.

Entre sus novelas más destacadas podemos nombrar, además de la que tienen ahora ustedes en sus manos, *La isla del tesoro* (1883), *Secuestrado* (1886), *La flecha negra* (1888), *El señor de Ballantrae* (1889), *Catriona* o *David Balfour* (1893), *Bajamar: o la Isla de la Aventura* (1894) y *En los mares del Sur* (1889). Entre sus cuentos, las

recopilaciones: *Los hombres alegres* (1887), que contiene *Olalla*, *Pasatiempos en las noches de la isla*, o *Cuentos de los mares del Sur* (1893), que contiene *El diablo en la botella* y *La isla de las voces*, y está inspirado en leyendas polinésicas, y *Nuevas noches árabes* (1882).

El editor

A Katherine de Mattos^[1]

*Malo es desatar los vínculos que nos unen, decretados
por Dios; seguiremos siendo los hijos del brezo y del viento;
lejos del hogar, todavía para ti y para mí, florecerá con
fuerza la retama en las tierras del norte.*

[1] Katherine Stevenson, culta e inteligente prima del autor, con la que tuvo una estrecha relación.

I

LA HISTORIA DE LA PUERTA

Mr. Utterson, el notario, era un hombre de serio semblante, jamás iluminado por sonrisa alguna. Frío y de conversación escasa y torpe; retraído en el sentimiento; flaco, alto, nostálgico, pero de alguna manera un ser agradable. En las reuniones con los amigos, cuando el vino le complacía, sus ojos irradiaban algo particularmente humano; algo que sin embargo nunca llegaba a traducirse en palabras, pero que hablaba a través de los silenciosos gestos de su rostro en la sobremesa, manifestándose con más intensidad y claridad en los actos de su vida.

Era austero consigo mismo: solía beber ginebra cuando se encontraba a solas para amortiguar su tendencia a los vinos de buena cosecha, y aunque le gustaba el teatro, no había entrado en ninguno en veinte años. Pero sentía una probada tolerancia hacia el prójimo y consideraba, a veces con envidia, la fuerte influencia de los espíritus que lo llevaban a alejarse del buen camino. Por ello, en última instancia, se veía más inclinado a socorrer que a censurar. «Comparto la herencia de Caín —solía decir con

sutileza—. Dejo que mi hermano se vaya al diablo como crea más conveniente».^[2]

Este talante a menudo lo obligaba a ser la última amistad respetable y la última influencia positiva en la vida de personas que iban de capa caída. Y respecto a estos, mientras acudiesen a su bufete, no mostraba nunca el menor cambio de actitud.

Comportarse de esta manera no le resultaba difícil a Mr. Utterson, pues se mostraba poco expresivo en el mejor de los casos. Para él la amistad parecía basarse en una variante de hombres de buen corazón. En el hombre es señal de modestia aceptar el círculo de amigos que las circunstancias le deparan, y ese era el caso de nuestro notario. Sus amistades eran conocidos de hacía mucho tiempo o gente de su propia sangre; sus afectos crecían con el paso del tiempo, como la hiedra, sin que los destinatarios necesitasen idoneidad alguna.

Así era el vínculo que lo unía con Richard Enfield, pariente lejano y hombre muy célebre en la ciudad; para muchos era un misterio qué podían ver el uno en el otro, o qué intereses podían tener en común. Según los que coincidían con ellos en sus paseos dominicales, no intercambiaban palabra alguna, daban la impresión de hallarse deprimidos y esperaban anhelantes la llegada de cualquier conocido. Pero, a pesar de ello, los dos apreciaban mucho esos paseos, como si fuera el mejor momento de la semana;

[2] Referencia al Génesis IV, 9. El Señor preguntó a Caín dónde estaba su hermano y este le respondió: *No lo sé, ¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?*

y, para no renunciar a estas salidas, cancelaban cualquier otro compromiso, incluso aquellos más serios y formales.

Ocurrió que en una de esas caminatas sus pasos los llevaron a una calle de un barrio muy poblado de Londres. Era una calle estrecha, considerada tranquila durante los domingos, pero que durante el resto de la semana animaban el tráfico y el comercio. Parece ser que sus residentes se ganaban bien la vida y dedicaban sus excedentes al adorno de las calles para mejorar sus expectativas; así pues, las fachadas de las tiendas invitaban a entrar con sus adornos y sus sonrientes vendedoras situadas a ambos lados de la calle. Incluso los domingos, cuando velaban sus más floridos encantos, la calle relucía, en contraste con las otras adyacentes escuálidas, como el fuego en el bosque; y con las contraventanas recién pintadas, sus relucientes bronce bien bruñidos, su aire limpio y alegre, seducían de inmediato la vista de los transeúntes.

A dos puertas de cierta esquina, yendo al este, la línea de casas se interrumpía por la entrada a un patio; y justo al lado de esta entrada sobresalía un edificio de siniestro aspecto, que proyectaba el alero del tejado a la calle. Tenía dos pisos pero ninguna ventana, solo la puerta de entrada a un nivel algo más bajo que la calle y un muro liso y descolorido en el piso superior. Todo el edificio tenía aspecto de estar abandonado hace largo tiempo. La puerta, sin aldaba ni campanilla, estaba cuarteada y descolorida. Los vagabundos encontraban cobijo en su interior y encendían fósforos frotándolos en las paredes; los niños enredaban en sus escalones, los colegiales utilizaban sus navajas en las

molduras, pues desde hacía más de una generación nadie había aparecido para echar a esos visitantes indeseables o para arreglar sus tropelías.

Enfield y el notario caminaban por la vereda opuesta, pero cuando llegaron a su altura, el primero alzó el bastón y dijo:

—¿Se ha fijado usted alguna vez en esa puerta?
—Cuando su amigo se lo corroboró, añadió—: Mi memoria la asocia a una extraña historia.

—¿De verdad? —dijo Utterson, con un leve cambio de voz—, ¿qué historia?

—Bueno, sucedió así —respondió Enfield—. Volví yo a mi casa desde algún lugar alejado al otro extremo del mundo, hacia las tres de una oscura madrugada de invierno, y mi itinerario atravesaba cierta parte de la ciudad donde solo quedaban las farolas. Calle tras calle y todos estaban durmiendo; ni un alma. Una calle tras otra y todo estaba encendido como para una fiesta y vacío como una iglesia, hasta que llegó un momento en que me sobrevino un estado de ánimo en el que empezaba a echar de menos, mientras afinaba mis oídos, la presencia de un policía.

»Vi de repente dos figuras: la de un renqueante hombreco, que venía a buen paso por el fondo de la calle con la cabeza baja, y la de una niña de ocho a diez años, que bajaba a todo correr por una bocacalle.

»Pues bien —continuó—, como es natural, ambos chocaron al llegar a la esquina y se dieron de bruces. Y lo más terrible de la historia: el hombre pisoteó a la niña

tranquilamente, pasándola por encima; la dejó tirada en el suelo llorando y continuó su camino. Relatarlo no es nada, pero verlo fue un tormento. No parecía siquiera un hombre; se asemejaba a un maldito Juggernaut^[3]. Di voces de alarma, eché a correr, agarré al caballero de la solapa, y lo hice volver donde ya había un grupito de personas congregado alrededor de la niña que lloraba. Se mostraba indiferente y no oponía resistencia alguna; pero me lanzó una mirada tan horrible que me heló la sangre. Las personas que habían acudido allí eran los familiares de la pequeña, que antes la habían mandado a buscar un médico, que en ese momento hizo acto de presencia. Según él, la niña no tenía nada, solo estaba muy asustada, por lo que todo debería haber terminado en ese punto si no hubiese tenido lugar una curiosa circunstancia. Desde el momento en que lo vi, aquel caballero no me gustó nada, y lo mismo pensaron los familiares, como es natural. Pero también me impresionó el comportamiento del médico, o lo que fuese.

»Era un vulgar medicucho, estirado, de edad y color indefinidos, con un fuerte acento de Edimburgo y tan sensible como un tronco. Pues bien, le ocurrió como al resto de nosotros: cada vez que miraba a mi prisionero, palidecía y temblaba con ganas de matarlo. Entendí lo que sentía, como él entendió mis sentimientos; pero no era momento de matar a nadie y buscamos otra solución que no implicase quitarle la vida. Le dijimos que teníamos la intención de provocar un escándalo tan grande que su nombre correría por todo Londres, de boca en boca y de un lugar a otro,

[3] Nombre del dios hindú Krishna, cuya estatua se paseaba en procesión sobre un carro bajo cuyas ruedas se arrojaban los fieles.

de modo que llegaría a sus amigos y perdería su reputación, si la tenía. Y durante todo ese tiempo, mientras lo manteníamos a raya, tuvimos que refrenar a las mujeres que se le echaban encima, excitadas como arpías. Nunca había visto un círculo de caras tan llenas de odio; y allí, en medio, el hombre, con una actitud fría y despectiva. Estaba asustado, pero no mostraba arrepentimiento alguno. Al final exclamó: «Si lo que pretenden es sacar algo de dinero, les pagaré. Un caballero debe pagar para evitar el escándalo. Díganme la cantidad».

»La cantidad fue de cien libras esterlinas para la familia de la niña; él deseaba marcharse de allí lo antes posible, pero ante nuestra actitud desafiante, aceptó pagar. El paso siguiente era ir a buscar el dinero. Pues bien, ¿adónde cree usted que nos llevó? Precisamente a la casa de la dichosa puerta.

»Sacó una llave —prosiguió Enfield—, entró en la casa y volvió al instante con diez libras de oro en monedas y el resto en un cheque al portador, extendido contra el banco Coutts, con la firma de alguien que no puedo mencionar, aunque este sea uno de los asuntos más llamativos de mi historia, pero que era un nombre muy conocido, de los que suelen salir en los periódicos. La cantidad era elevada, pero aquella firma garantizaba eso y mucho más, obviamente siempre que fuese auténtica. Me tomé la libertad de advertir a aquel caballero que la historia me parecía fraudulenta, y que no era nada normal que un hombre entrara a las cuatro de la mañana por la puerta de la bodega y saliese al rato con un cheque de casi cien libras firmado por otra

persona. Él, sin embargo, no perdió la calma y dijo con desdén: «Tranquilícense, me quedaré con ustedes hasta la apertura del banco y yo mismo haré el cheque efectivo».

Así pues, nos fuimos de allí, el doctor, el padre de la niña, nuestro amigo y yo mismo; pasamos el resto de la noche en mi casa, y al día siguiente, después de tomar el desayuno, nos encaminamos juntos al banco. Presenté yo mismo el cheque en caja aduciendo que creía que se trataba de una falsificación. Nada de eso. El cheque era auténtico.

—Vaya, vaya —dijo Utterson.

—Veo que esto nos causa la misma impresión a ambos —dijo Enfield—. Sí, una fea historia. Porque aquel hombre era un sujeto con el que nadie querría tratar, una persona realmente detestable, mientras que el firmante del cheque es sobradamente conocido, la flor y nata de la honestidad (lo que hace el caso aún más deplorable), una de esas personas que *hacen el bien*, como suele decirse. Supongo que se trata de algún chantaje; un hombre honesto obligado a pagar por algún desliz de su pasado. Por ello apodo la *Casa del Chantaje* a la casa de la puerta. Aunque todo esto no supone ninguna explicación satisfactoria» —añadió. Y se quedó luego pensativo.

Utterson lo apartó de esos pensamientos preguntándole de repente:

—¿Sabe si el firmante del cheque vive allí?

—Un lugar poco recomendable, ¿no cree? —contestó Enfield—. Pues no, da la casualidad de que me enteré de su

dirección. Vive en una plaza cercana, pero no me acuerdo de cuál.

—Y ¿nunca le ha preguntado a nadie sobre el edificio de la puerta?...

—No, señor. Hubiese sido algo inadecuado —me respondió—. Suelo resistirme mucho a hacer ciertas preguntas, pues me recuerda al día del juicio. A veces, soltar una pregunta es como soltar una piedra. Te quedas tranquilo en la cima del monte y la piedra comienza a caer, golpeando y arrastrando a otras, hasta que le cae en la cabeza a cualquier pobre infeliz (el menos sospechado) que está trabajando en el jardín trasero de su casa, y la familia tiene que cambiar de apellido. No, señor, una de mis premisas de conducta es preguntar lo menos posible cuando algo me parece extraño.

—Excelente premisa —dijo el notario.

—Pero he investigado el lugar por mi cuenta —dijo Enfield—. Apenas parece una casa. No hay más puertas y nadie sale o entra por ella, salvo el caballero que conocemos, muy de vez en cuando. Tres ventanas miran al patio desde el primer piso; no hay ninguna en el bajo y las ventanas permanecen siempre cerradas, pero limpias. Y posee una chimenea que suele echar humo, por lo que alguien debe habitar el edificio. Pero ni lo de la chimenea es del todo seguro, pues dan al patio muchas casas, y es difícil discernir dónde empieza una y termina la siguiente.

Ambos siguieron paseando en silencio hasta que Utterson dijo:

—Es una norma excelente la suya.

—Sí, eso creo —replicó Enfield.

—A pesar de ello —continuó el notario—, me gustaría preguntarle algo, ¿cómo se llama el hombre que atropello a la muchacha?

—Bueno —dijo Enfield—, no creo que eso perjudique a nadie. Se llama Hyde.

—Humm..., y ¿qué aspecto tiene?

—No es fácil de describir. Hay algo anormal en su aspecto; algo desagradable y realmente detestable. Nunca conocí a nadie que me produjese tanto rechazo, y no sé bien por qué. Debe de ser un poco deforme; inspira una sensación de deformidad, pero que no sabría especificar ni concretar. El conjunto es lo que produce la impresión, pero es difícil particularizar. No, señor, no puedo describirlo, no sabría cómo hacerlo. Y no es por olvido, pues lo tengo ahora mismo en la mente.

Utterson continuó su paseo un buen trecho en silencio, reflexionando.

—¿Está usted seguro de que utilizó una llave? —preguntó al fin.

—Pero ¿qué?... —contestó Enfield con inmensa sorpresa.

—Sí, lo sé —dijo Utterson—, sé que puede resultarle extraño. Pero si no le he preguntado el nombre de la otra persona es porque ya la conozco. Su historia ha sido muy oportuna. Por ello, si ha sido inexacto en algún dato, le ruego que rectifique.

Debería habérmelo advertido —contestó algo molesto—. Pero he sido meticuloso hasta la exageración. Aquel tipo tenía una llave y aún la tiene. Hace apenas una semana vi cómo la utilizaba.

Uttersson respiró con profundidad, pero no dijo nada. El joven volvió a exclamar:

—No aprenderé nunca a permanecer en silencio —dijo—; me avergüenza haberme ido de la lengua otra vez. Hagamos un pacto, y no volvamos a tratar este asunto.

—Está bien, Richard —respondió el notario—, trato hecho.

II

EN BUSCA DE MR. HYDE

Cuando de noche regresó a su casa de soltero, Utterson estaba triste y se sentó a cenar sin apetito. Cada domingo, después de cenar, solía sentarse junto a la chimenea con algún libro algo árido en su atril hasta que tocaba el reloj de la cercana iglesia las campanadas de medianoche, y con ánimo sereno y firme se marchaba a la cama.

Sin embargo, aquella noche, después de limpiar la mesa, tomó la vela y se encaminó a su despacho. Abrió la caja fuerte y del fondo más reservado y profundo sacó un sobre en cuya etiqueta se leía:

TESTAMENTO DEL DR. JEKYLL,

y se sentó a estudiar el documento con el ceño fruncido.

Era un testamento ológrafo, ya que en su momento aceptó su custodia, pero rechazó participar de ninguna manera en su redacción. El documento disponía no solo que en caso de fallecimiento de Henry Jekyll, doctor en medicina, doctor en derecho, miembro de la Sociedad Real, etc., etc., todos sus bienes pasarían a posesión de su amigo y benefactor Edward Hyde, sino que además, en el caso de que Jekyll desapareciese o se ausentara sin

explicación por un tiempo superior a tres meses^[4], el citado Edward Hyde entraría en posesión de todos los bienes de Henry Jekyll sin más dilación y libre de toda obligación o carga, exceptuando unas modestas sumas destinadas a los miembros de la servidumbre. Ese documento era una preocupación desde hacía tiempo para Utterson. Lo ofendían no solo como abogado, sino también como defensor de los aspectos sanos y razonables de la vida, que convertían toda excentricidad en algo poco conveniente.

Hasta aquel momento el hecho de no saber nada de Hyde lo indignaba, pero ahora, por una mera casualidad, le molestaba aún más saberlo. Ya era bastante negativa la situación para él mientras aquel nombre fuera una mera palabra que nada le decía, pero la situación empeoró cuando pudo asociar e identificar el nombre con detestables atributos y sobre la duda insustancial que durante tanto tiempo había llenado sus ojos de bruma, empezó a esbozar la determinación de que se encontraba ante un desalmado.

Pensó que era una locura y repuso en su lugar en la caja fuerte el odioso legajo. Empezaba a temer que supondría una desgracia.

A continuación apagó de un soplo la vela, se puso el abrigo y salió directo a Cavendish Square, ese templo de la medicina donde su amigo, el famoso doctor Lanyon, entre otras eminencias, vivía y recibía a sus numerosos pacientes. Si alguien sabe algo, será él, se dijo.

[4] Un posible error del autor, pues tres meses eran jurídicamente insuficientes para dar por muerto a alguien.

El solemne mayordomo ya lo conocía y le dio la bienvenida; no necesitaba espera alguna y lo condujo directamente al comedor, donde el médico sentado en soledad disfrutaba de un vino. Lanyon tenía un aspecto juvenil y su cara colorida emanaba salud. Era bajo y obeso, con un mechón de cabello blanco, y buenos y decididos modales. Al ver a Utterson, se levantó de su silla y le dio efusivamente la bienvenida, con una actuación algo teatral pero sincera. Ambos eran viejos amigos, compañeros de colegio y facultad, y se mostraban profundamente respetuosos el uno con el otro. A ello debemos añadir, aunque esto no siempre ocurre, que ambos disfrutaban de su mutua compañía.

Después de intercambiar algunas palabras, el notario trató directamente el asunto que tanto le preocupaba:

—Supongo, Lanyon, que ambos debemos ser los más viejos amigos de Henry Jekyll, ¿no es así?

—Ojalá esos amigos fueran más jóvenes —bromeó Lanyon—, pero sin duda es así. ¿A qué viene eso? Ahora lo veo muy poco.

—¿Sí? Creía que tenían muchos intereses comunes —dijo Utterson.

—Los teníamos —respondió—. Pero en los últimos diez años Henry Jekyll se ha vuelto demasiado extravagante para mi gusto. Comenzó a mostrar lagunas mentales y, aunque sigo teniendo cierto interés por él, en recuerdo a los viejos tiempos, como suele decirse, lo he visto muy

pocas veces... No hay lazos que soporten este galimatías pseudocientífico —añadió poniéndose colorado.

Este desahogo repentino trajo a Utterson algo de alivio. Habrán discutido por algún asunto médico, pensó, y no sintiendo pasión alguna por la ciencia (exceptuando la redacción de escrituras de propiedad), añadió: «¡Y si no es así, y si es algo peor!», y dejó a su amigo un tiempo para recuperar la compostura, para luego formularle la pregunta por la que había venido:

—¿Nunca has oído hablar de un protegido suyo..., un tal Mr. Hyde?

—¿Hyde? —respondió Lanyon—. No. No he oído hablar de él nunca.

Esta fue toda la información que el notario pudo llevarse a su casa y a su amplio y oscuro lecho, en el que siguió dando tumbos de un lado al otro hasta que las largas horas se tornaron en diurnas. Supuso una noche de escaso descanso para su atormentado cerebro, asediado por preguntas a las que no encontraba respuestas en la oscuridad.

Se oyeron las seis campanadas de la iglesia cercana y Utterson seguía mortificándose con el problema. Peor aún, si hasta el momento había utilizado la inteligencia, ahora también se llevaba por la imaginación. Así, mientras permanecía en el lecho y se agitaba bajo la oscuridad nocturna, ante las espesas cortinas, repasaba mentalmente el relato de Enfield, como imágenes luminosas que se sucedían proyectadas mágicamente. Una hilera de farolas encendidas por la noche, el contorno de un hombre que avanzaba con

rapidez, una niña que pretendía llamar a un médico, dos figuras que chocan, un *Juggernaut* humano que atropella a la niña y le pasa por encima sin preocuparse de sus gritos.

En otras ocasiones imaginaba el dormitorio de una espléndida mansión donde su amigo se encontraba dormido, sereno y en sueños. Entonces alguien abría la puerta del dormitorio, descorría las cortinas, lo despertaba y allí, a su lado, se encontraba con una figura que tenía ese poder de despertarlo, incluso a altas horas de la noche, para obligarlo a cumplir su deber.

Tanto en un escenario como en otro, aquella presencia siguió obsesionando al notario durante toda la noche. Si a ratos se dormía, era para verlo deslizarse furtivamente en el interior de casas dormidas, o bien para avanzar con rapidez a través de laberintos cada vez mayores de calles alumbradas por farolas, atropellando a una niña en cada cruce y dejándola sumida en el llanto en plena calle.

Pero la figura carecía de un rostro que le permitiese reconocerla; no lo tenía ni siquiera en sus sueños, o bien tenía uno que lo turbaba escapándose ante sus ojos; y así fue como surgió y creció con rapidez en la mente del notario una curiosidad especialmente intensa, casi desordenada, por contemplar los rasgos faciales del verdadero Mr. Hyde. Si pudiese, al menos una vez, echarle un vistazo, pensaba que el misterio se aclararía y tal vez desaparecería por completo, como suele suceder con los misterios cuando se analizan de cerca. Podría encontrar alguna razón que explicase la extraña preferencia o servidumbre —llámesela como se quiera— de su amigo, y explicase las

sorprendentes cláusulas del testamento. Al menos sería un rostro que merecía la pena ver: el rostro de un hombre carente de entrañas; un rostro que con el simple hecho de mostrarse hacía surgir un sentimiento permanente de odio en la mente del poco impresionable Enfield.

Desde ese día, Mr. Utterson empezó a vigilar la puerta del callejón de las tiendas. De mañana, antes de las horas de oficina; a mediodía, cuando florecía intensamente el negocio y el tiempo era escaso; por la noche, bajo el velado rostro de la luna de la ciudad; bajo todo tipo de luz y a cualquier hora, solitaria o concurrida, se podía ver al notario en el lugar de observación que había elegido.

—Si es él *el señor que se esconde* —había pensado—, yo seré *el señor que busca*.

Y al final su paciencia obtuvo la recompensa esperada. Era una noche clara y seca, con el aire helado y las calles tan limpias como el suelo de un salón de baile; la llama de las farolas, no azotada por viento alguno, dibujaba una trama regular de luz y sombra. Sobre las diez, cuando las tiendas ya estaban cerradas, el callejón se mostraba muy solitario y silencioso a pesar de un ahogado rumor que llegaba de todos los lugares de Londres. Se podían percibir los pequeños sonidos desde la distancia; los domésticos ruidos de los hogares eran claramente audibles desde cualquier punto de la calzada, y cuando un transeúnte se acercaba, le precedía el ruido de sus pasos con mucha antelación. Llevaba ya Mr. Utterson algunos minutos en su puesto cuando percibió un ligero y sorprendente sonido de pasos que se aproximaban. Hacía mucho tiempo que, en el transcurso de sus

rondas nocturnas, había adquirido la costumbre de percatarse del curioso efecto que producen las pisadas de una única persona que aún está muy lejos, pero cuyo sonido destaca de repente sobre el amplio y estrepitoso rumor de la ciudad. Sin embargo, hasta entonces jamás se había visto atraída su atención tan vivaz y decisivamente. Invasado por un fuerte y supersticioso presentimiento de éxito, se ocultó a la entrada del patio.

Con rapidez, los pasos se iban acercando más y más y, de repente, resonaron con mayor fuerza al doblar la esquina de la calle. El notario pudo ver enseguida, vigilando desde la entrada del patio, el tipo de hombre con el que se iba a enfrentar. Era pequeño y vestía con sencillez, y su aspecto suscitaba, incluso a aquella distancia, un intenso rechazo en el observador. Pero se dirigía directamente a la puerta, cruzando la calzada a fin de ganar tiempo. Mientras caminaba sacó una llave del bolsillo, como el que se aproxima a su casa.

Mr. Utterson dio un paso hacia delante y lo tocó en el hombro mientras pasaba a su lado.

—¿Es usted Mr. Hyde?

Mr. Hyde retrocedió y tomó resoplando una bocanada de aire. Pero su temor fue solo momentáneo. Y sin mirar a la cara del notario, respondió con la suficiente frialdad: «Ese es mi nombre, ¿qué quiere?».

—Quiero entrar —contestó el notario—. Soy un viejo amigo del Dr. Jekyll. Mr. Utterson, de Caunt Street, y usted seguro que ha oído mi nombre; he tenido la suerte de encontrarlo y espero que me permita entrar con usted.

—No encontrará al Dr. Jekyll; está fuera de casa —contestó Mr. Hyde mientras metía la llave en la cerradura. Y después, de repente y aún sin mirarlo, le preguntó—: ¿Cómo me conocía?

—¿Podría usted —dijo Mr. Utterson— hacerme un favor?

—Con mucho gusto —replicó—. ¿De qué se trata?

—¿Me permite ver su rostro? —preguntó el notario.

Mr. Hyde vaciló un momento y luego, como por una repentina reflexión, afrontó la situación con aire de desafío, y los dos hombres se miraron fijamente el uno al otro durante unos segundos.

—Ahora podré reconocerlo —dijo Mr. Utterson—. Me puede ser útil.

—Sí —contestó Mr. Hyde—, es bueno que nos hayamos encontrado; a propósito, aquí tiene mi dirección. —Y le dio el número de una calle del Soho.

—¡Dios santo! —dijo para sí Mr. Utterson—, ¿él también puede haber pensado en el testamento? —Pero reservó sus pensamientos, limitándose a agradecer la dirección.

—Y ahora —insistió el otro—, ¿cómo me reconoció?

—Por una descripción —le contestó.

—¿Quién me describió?

—Tenemos amigos comunes —dijo Mr. Utterson.

—¡Amigos comunes! —repitió Mr. Hyde con cierta aspereza—, ¿quiénes son?

—Jekyll, por ejemplo —dijo el notario.

—Él no le ha hablado nunca de mí —gritó en un repentino ataque de ira—. No creía que fuese usted capaz de mentir.

—Vamos —dijo Mr. Utterson—, ese no es el lenguaje adecuado.

El otro gruñó ruidosamente y soltó una salvaje carcajada; y al momento, con una extraordinaria rapidez, abrió la puerta y desapareció dentro de la casa. Cuando Mr. Hyde lo abandonó, el notario permaneció un rato en aquel lugar semejando ser la misma imagen de la inquietud. Después comenzó a remontar la calle lentamente, deteniéndose a cada paso y llevándose la mano a la frente, como haría un hombre preso de perplejidad mental. El problema que lo asolaba mientras caminaba era de una naturaleza no fácil de solucionar. Mr. Hyde era pálido y pequeño; transmitía una impresión de deformidad, pero no se le podía atribuir ninguna. Se había mostrado ante el notario con una suerte de criminal mescolanza entre audacia y timidez, y se expresaba con una voz ronca, susurrante y un poco forzada; todos eran rasgos desfavorables y ni aun juntándolos todos podía explicarse la hasta ahora desconocida inquietud, el aborrecimiento y el miedo con que Mr. Utterson lo miraba. «Tiene que haber algo más», decía el contrariado caballero. «Hay algo más, ojalá pudiera encontrar una palabra que lo expresase. ¡Dios me ayude, ese hombre apenas parece humano! ¿Se podría decir que hay algo en él de prehistórico? ¿O puede tratarse de la antigua historia del Dr. Fell^[5]?

[5] Decano universitario y obispo de Oxford. Su nombre se asociaba habitualmente con el de cualquier persona desagradable, sin que se conociese el motivo.

Fin de la edición promocional